

PROLOGO

El Primer Congreso Interamericano de Higiene, celebrado en la ciudad de La Habana durante los días 26 de septiembre al 1° de octubre de 1952, tuvo como objetivos fundamentales la conmemoración del cincuentenario de la Oficina Sanitaria Panamericana y a rendir solemne homenaje continental a Carlos J. Finlay del mejor modo que podía hacerse: laborando y planteando sobre la mesa del Congreso, precisamente como tema vital, la fiebre amarilla. En un interesante symposium de alta trascendencia científica se planteó, como base de la discusión, el aspecto de la prevención, profilaxis, inmunización y erradicación de la enfermedad de las Américas, con los siguientes puntos: 1. — “La Doctrina de Finlay y sus investigaciones a luz de los conocimientos modernos sobre fiebre amarilla”, acertadamente desarrollada por el doctor Alberto Recio, Director General de Salubridad de Cuba y uno de los pocos discípulos de Finlay y Guiteras que nos quedan. 2.— “Epidemiología de la fiebre amarilla en Panamá ’ (1949-1952) por los doctores Alberto E. Calvo y Pedro Galindo V. de Panamá. 3.— “La Fiebre Amarilla en Nicaragua” por el doctor Germán Castillo, de Nicaragua. 4.— “Fiebre Amarilla en Venezuela” por los doctores Carlos Luis González y R. Isaac Díaz, de Venezuela. 5.— “Erradicación del aedes aegypti en las Américas”, por el doctor Octavio Pinto Severo, de la Oficina Sanitaria Panamericana. 6.— “Métodos empleados por el Servicio Nacional de Fiebre Amarilla en su campaña de erradicación del aedes aegypti en el Brasil” por el doctor Paulo Luis Rouanet, del Brasil. 7.— “Campaña de erradicación

DeL aedes aegypti en Chile” por los Dres. Amador Neghme, Hernán Álbi y José Gutiérrez, de Chile. S.—“Vacunación contra la fiebre amarilla” (Experiencia en Panamá), por el Dr. K. Ó. Courtney, de la Oficina Sanitaria Panamericana en la Zona V. Río Janeiro, Brasil. 9.—“Técnicas adoptadas en el Laboratorio de Fiebre Amarilla de Río de Janeiro para la preparación en gran escala de la vacuna 17D”, por el doctor H. A. Penna, del Brasil. 10.— “Consideraciones sobre la vacunación anti-amarílica en el campo, efectuada en el Brasil de 1927 a 1952”, por el doctor Caio de Souza Manso, del Brasil.

Como se ve por este temario, la fiebre amarilla fué uno de los puntos básicos de las deliberaciones de este Congreso. Ningún homenaje más en consonancia con su obra gigantesca se le podía rendir a Finlay que abordar los problemas fundamentales de este terrible azote, que aún constituye una amenaza para el continente americano en las zonas sin colonizar donde subsiste la fiebre amarilla selvática.

En las selvas de ese Amazonas riquísimo acecha el mosquito aedes aegypti, cerrándole el paso a la civilización y a la conquista económica de los inmensos recursos potenciales de esos vastos territorios. Lo que ocurrió en Panamá se está reproduciendo en el Brasil. La salubridad tiene que franquearle al hombre el paso de las selvas para poder dominarlas y aprovechar sus tesoros con técnicas de cultura científica. He ahí la grandeza eterna de la obra de Finlay. Primero preservar al hombre del terrible flagelo en las ciudades. Después abrir el camino económico hacia riquezas fabulosas. Y es así, con el historial científico de las obras realizadas, cómo todo un Continente envía sus Delegados a la patria de Finlay para tributarle el supremo homenaje desde la altura de esas grandes conquistas, que si fueron posibles y lo seguirán siendo en el futuro, sólo al gran sabio cubano le son debidas.

Para hacerlo más fecundo el Primer Congreso Interamericano de Higiene no limitó su actuación a la fiebre amarilla, estudió también otros problemas de orden sanitario de grande importancia como son el control de las enfermedades transmisibles, la educación sanitaria, el sa-

neamiento rural, la rabia, la brucelosis y tantas otras cuestiones que constituyen preocupación constante del sanitario del momento presente.

Como colofón de las actividades de esta reunión de los más distinguidos higienistas de todas las Américas, se efectuó la sesión solemne donde se rindió un votivo homenaje a la memoria de Carlos J. Finlay, el gran sabio cubano, cuyo nombre se ha inmortalizado junto a los grandes científicos de todos los tiempos, y cuya obra resplandece con mayores fulgores cada año en el firmamento de la ciencia, manteniendo sus postulados sin que las nuevas tendencias, ni los avances y progresos de las investigaciones hayan hecho variar los elementos básicos de su descubrimiento. Y son precisamente esas calidades científicas las que demuestran que el descubrimiento finlayista no pudo ser elaborado por la suerte, ni se debe a un riesgo del azar, sino que fué una labor de tiempo, de experimentos, de investigaciones, de estudios rigurosos para llegar a la definición absoluta de que el mosquito era el agente de transmisión de la fiebre amarilla.

En esta sesión solemne pronunció el discurso panegírico, bautizado como "Oración Finlay", el ilustre médico, profesor de la Facultad de Medicina de la Universidad de La Habana y actual Ministro de Salubridad y Asistencia Social, doctor Enrique Saladrigas y Zayas, quien dividió su brillante trabajo en tres puntos: primero, expuso la posición de Cuba en el aspecto sanitario interamericano; segundo, hizo un sintético resumen de las importantes labores desarrollada en el Congreso Interamericano de Higiene, y, por último, rindió homenaje a Finlay.

En este aspecto de la "Oración Finlay" del doctor Saladrigas, hay que resaltar, que sin zaherir a nadie, sin plantear polémicas ni controversias, pero situando la verdad histórica en su verdadero lugar, mantuvo con firmeza la gloria de Finlay, que ya no pertenece al sabio, ni a la patria donde nació, sino que corresponde a toda la América libertada por él, del terrible azote amarillo.

Los CUADERNOS DE HISTORIA SANITARIA, que publica periódicamente el Ministerio de Salu-

bridad y Asistencia Social, estimando que la 'Oración Finlay' pronunciada por el doctor Enrique Saladrigas en el Primer Congreso Interamericano de Higiene, constituye un valioso aporte a la Historia de Salubridad Cubana y un sentido y justiciero homenaje a la memoria de nuestro gran sabio, y para mayor conocimiento y divulgación de la misma, es incorporada a nuestra colección de monografías históricas.

Ojalá que este brillante y medular discurso del doctor Enrique Saladrigas y Zayas, como resumen del gran Congreso Interamericano de Higiene, sea el punto final de la polémica permanente que ha estado establecida en el mundo en el caso de Finlay.

CESAR RODRIGUEZ EXPOSITO, Historiador de Salubridad.



Honorable Señor Presidente de la República.

Señor Director General de la Organización Mundial de la Salud.

Señores Delegados del Primer Congreso Interamericano de Higiene.

Señores Representantes Diplomáticos.

Señor Director de la Oficina Sanitaria Panamericana.

Señores Delegados de Instituciones Científicas y Profesionales.

Señores Representantes de la Prensa.

Señoras, Señores:

Después de la intensa labor rendida por los magistrados de la salubridad de las Américas reunidos en el Primer Congreso Interamericano de Higiene, en conmemoración del cincuentenario de la fundación de la Oficina Sanitaria Panamericana y en homenaje continental al sabio Carlos J. Finlay, nuestro gran Finlay, descubridor del mosquito como agente de transmisión de la fiebre amarilla, nos agrupamos hoy para celebrar la clausura de esta Asamblea, donde los problemas básicos de la salud pública han sido abordados en ámbito continental, para coordinar la acción de todos y cada uno de los países del Hemisferio Occidental y llegar a conclusiones que en definitiva los prevengan, amparen y libren de los males epidémicos que puedan amenazar a “nuestra América”.

Estamos, pues, en la sesión de clausura del Primer Congreso Interamericano de Higiene, para rendir un homenaje a ese genio científico que se llamó Carlos J. Fin-

lay y que no pertenece sólo a Cuba, su patria amada, ya que la magnitud de su obra, la trascendencia del descubrimiento científico que libró a la Humanidad de uno de, sus más terribles azotes, corresponde al mundo.

Aunque los sabios tienen patria, según la afirmación del gran Pasteur, los descubrimientos, la obra, los aportes científicos corresponden a la Humanidad. Para los productos del genio sanitario benefactor no hay fronteras ni otra soberanía que la del bien público hecho concreción magnífica en la eterna fórmula: “salud pública, suprema ley”.

Hoy Cuba se siente orgullosa y feliz. Ha sido sede de una importante reunión de higienistas americanos. Los hombres que representan y propugnan la salubridad y la higiene de todas las Américas, inspirados en un afán de servicios recíproco, de una estrecha ayuda; han planteado problemas básicos y han convenido en coordinar planes de eficaz colaboración para velar por la salud de todos los pueblos de estas Américas que son la esperanza del mundo. Sus representantes sanitarios —grandes hombres de ciencia— no han tenido más pensamiento que superar las técnicas para la prevención de los males epidémicos; que lograr la solución de aquellos conflictos de carácter patológicos susceptibles de ser resueltos satisfactoriamente, esforzándose por acordar el establecimiento de medidas de coordinación, encaminadas a todos los fines comunes de control sanitario, para evitar el trasiego de enfermos o de elementos portadores de bacilos o microbios que pudiera ser vehículos de infecciones a otros pueblos.

Cada uno de los países representados en el Congreso ha hecho su aporte, su valioso aporte a esta gran obra de la salubridad continental, que viene rigiendo con singular y extraordinario acierto la Oficina Sanitaria Panamericana, como organismo regional de la Organización Mundial de la Salud, cuyo Cincuentenario también se conmemoró en este Primer Congreso Interamericano de Higiene.

La salud es cuestión fundamental para la estabilidad y el progreso de los pueblos. Los grandes planes económicos, sociales y políticos de las Américas Unidas, tienen que asentarse, básicamente, en la salud pública. De ahí el deber primordial de cuidar el estado de higiene ambiental que requiere todo pedazo de tierra para mantener la vida. Por eso la misión de la salubridad afronta la máxima responsabilidad de propender al mejor desenvolvimiento humano, en la organización colectiva de los pueblos, ya que sin higiene no puede existir progreso ni logra avanzar la civilización.

Por todo ello, como bien dijera el gran higienista peruano doctor Carlos Enrique Paz Soldán: "Todo el porvenir inmediato que se brinda a la sanidad continental discurrirá, con mayor o menor impetuosidad, pero inexorablemente, entre estas dos márgenes que le darán cauce: la potencia del Estado puesta al servicio de la Higiene en toda su vastedad; y el ansia del pueblo por gozar de los dones que otorga la Medicina moderna — preventiva, salutífera, social".

Cuba, y hablo en mi carácter de Ministro de Salubridad y Asistencia Social e interpretando las ideas directrices del Honorable Señor Presidente de la República, Mayor General Fulgencio Batista y Zaldívar, marchará como siempre en la avanzada de esta necesaria cruzada sanitaria continental, para velar fundamentalmente por la salud de nuestro pueblo y por la de nuestros pueblos hermanos, para honrar la memoria de Carlos J. Finlay, para hacer buena las enseñanzas de los grandes higienistas que nos legaron esta organización sanitaria que ha sido orgullo del Continente a través de las distintas etapas, con sus bajas y altas naturales en toda organización humana. Estamos, pues, junto a todos los países de las Américas, estrechamente vinculados y coordinados para desarrollar los planes necesarios y que el Hemisferio siga siendo tierra de promisión por su estado de salubridad, ejemplo del mundo por la salud de sus hijos, por la higiene de sus poblaciones, por la salubridad de sus campos, por la fortaleza de su raza, como

lo ha sido y es por la unidad de sus fines y organizaciones para alcanzar la paz; paz social, paz política, paz económica.

Como dijo el doctor Aristides A. Molí, en su obra “Medio Siglo de Adelanto en Medicina y Salud Pública”, publicado precisamente por la Unión Panamericana: “Cuba, se adelantó al mundo entero en crear en 1909 el Ministerio Nacional de Sanidad”, y ello deja demostrado tanto en el pasado como en el presente que los cubanos estamos siempre activos en materia de higiene, tratando de mantener en alto la bandera sanitaria de la obra de Finlay, de Guiteras, de Enrique Núñez, de López del Valle, dirigentes máximos de la salubridad en Cuba, grandes pioneros que nos enseñaron el camino a seguir.

Ellos, con su clara visión, emprendieron la marcha por la ruta cierta que conduce a la preservación de la salud pública en lo interno, pero mirando siempre al exterior para asegurar el éxito fecundo en la necesaria coordinación y colaboración americana e internacional, indispensable para la eficacia de la acción sanitaria de cada uno de los países.

Fiel a estos principios, Cuba cumplirá siempre sus compromisos continentales e internacionales en materia de higiene y salubridad. No escatimará sus recursos, porque reconoce la trascendencia humana que tiene esta labor básica en el futuro de todos los pueblos. Los pueblos ricos pero enfermos, son ^pueblos pobres. Los hombres sin salud, aunque inteligentes, resultan seres inferiores a los efectos de su propio beneficio y el de la comunidad. Por eso como responsables en la actualidad de la regencia sanitaria cubana, podemos asegurar a los señores delegados del Primer Congreso Interamericano de Higiene, que ha tenido por sede la patria de Martí y Finlay, que Cuba estará en la avanzada de toda lucha en el frente unido sanitario para laborar por la salud de todo el continente americano y en servicio universal de toda la Humanidad.

Sabemos que el momento presente que vive el mundo no debe ser de aislamiento. Sabemos que la solidari

dad internacional requiere afianzarse sobre puntos fundamentales como son, indiscutiblemente, lo relativo a la salud de hombres y pueblos. Sabemos que es nuestro deber de gobernantes defender el capital humano más grande y máspreciado que tiene el individuo y por ende la colectividad: la salud de cada uno de los ciudadanos, que en el gran conjunto componen lo que llamamos salud pública. Salud pública nacional, regional y universal.

Como decía el ilustre pensador mexicano, doctor Jaime Torres Bodet, director de la UNESCO, ante la Conferencia General de la Organización Mundial de la Salud celebrada en el mes de mayo pasado en la ciudad de Ginebra: “Necesitamos adaptarnos unos a los otros sobre un planeta que la velocidad de las comunicaciones ha ido estrechando. Sin embargo en el mayor número de los casos, seguimos midiendo nuestros problemas con una medida que no corresponde a la dimensión de la actualidad. Cuando pensamos, por ejemplo, en la enfermedad, en la miseria y en la ignorancia, lo hacemos todavía, habitualmente, en términos limitados al espacio de una localidad; la que conocemos directamente, aquella que nos circunda, la del paisaje humano en que trabajamos”.

“Para establecer el equilibrio deseable —agrega el doctor Torres Bodet—se impone una colaboración internacional. Pero, para concebir esa colaboración, no basta con rebasar las fronteras geográficas de un país: hay que vencer, además, la presión de los intereses inmediatos. Quien pretende moldear el porvenir debe empezar por preverlo. Nadie encauza los acontecimientos sin ver hacia adelante y sin afrontar el futuro con decisión. So pena de destruirse a si propio, el progreso no puede ser ya sino colectivo”.

Por eso, confiamos en los resultados de esta Primera Conferencia Interamericana de Higiene, en cuanto a la salud pública se refiere. Los propósitos de los higienistas de la hora presente se coordinan primero por regiones, labor extraordinaria que en ese sentido realiza la Oficina Sanitaria Panamericana en todas las Améri-

cas, complementada con las otras Oficinas Regionales, para luego incorporarse funcionalmente a lo que es, representa y significa la Organización Mundial de la Salud, eje que regula toda la Sanidad Internacional.

Jamás Cuba estará de espaldas al movimiento renovador de la ciencia ni a los principios modernos de la higiene. La Historia lo afirma. Estamos incorporados a ellos.

Y es punto fundamental en el programa del Gobierno que rige los destinos de esta República atender de manera esencial los asuntos sanitarios, por estimar que la consecución de la salud es deber primordial de gobernantes y gobernados, así como propender en el orden internacional a la colaboración más estrecha con todos los países, dentro de los planes que se acuerden para proteger nuestros pueblos de posibles males epidémicos, cumpliendo estrictamente no sólo los preceptos del Código Sanitario Internacional, sino aquellas leyes de cuarentenas necesarias para protección mutua.

Sostenemos el principio sanitario sustentado por uno de nuestros grandes higienistas del pasado, el doctor Juan Guiteras Gener, de mantener informado a todos los gobiernos del movimiento de nuestras enfermedades sin ocultamiento de ninguna clase por medio de la Oficina Sanitaria Panamericana, y recabando el mismo trato de los países hermanos, para estar siempre alerta ante las posibles amenazas epidémicas.

En el aspecto de la salubridad, como ya dijimos, es punto fundamental en las proyecciones del actual Gobierno de la República y lo dejan demostrado de una manera palpable las propias palabras de nuestro ilustre Presidente, el General Batista, cuando decía: “mi primera preocupación, la mayor sin duda, al asumir las responsabilidades en la gobernación del país con motivo de la Revolución del 4 de septiembre de 1933 fué atender las tres cosas principales que creía y creo firmemente que forman el cimiento del progreso en todo núcleo social de un país: salud, educación y economía, tres bases principales, fuerte trípode sobre el cual ha de levanta

tarse la fortaleza de un país y que es lo único que permite el progreso permanente, las libertades aseguradas y la soberanía de una nación para poder mantenerla con fortaleza y con decoro en todo tiempo”.

El punto fundamental, crucial, pudiéramos decir, de la verdadera y real política sanitaria es la de prevenir. Considero que la función del Estado, que el papel del higienista, es vigilar atento la salud de todos y cada uno de sus ciudadanos, mantener de manera permanente los preceptos de la Medicina Preventiva. Como muy bien decía el doctor Diego Tamayo, ilustre profesor que fué de la Universidad de la Habana y grande entre los grandes de la patria: ‘ Para nuestro criterio científico actual, el problema consiste en prevenir las enfermedades no en sufrirlas, para de este modo peligroso adquirir inmunidad. Este ideal de la ciencia médica no puede realizarse sin conocer el mecanismo exacto de la transmisión de las enfermedades contagiosas, secreto que el talento del genial doctor Finlay iluminó con luz meridiana en todo lo que se refiere a la propagación de la fiebre amarilla, y sacudiendo con el estegomya infectado, las conciencias dormidas al calor de las viejas ideas, las lanzó por un nuevo sendero de profilaxis que ha llevado la salud, la prosperidad y la riqueza a regiones que parecían antes inhabilitables”.

Uno de los temas tratados en este Congreso, con interesantes y valiosos aportes, es sin duda alguna el de la educación sanitaria. Intensificar la acción divulgadora de carácter popular es una función indispensable para el éxito de las medidas higiénicas. La colaboración del pueblo —todas las clases sociales— es indispensable. “Las condiciones sanitarias —ha dicho Henry Si- gerist—, se determinan por el nivel de educación. La ignorancia es causa principal de enfermedades”.

“La educación —agregó— es algo más que saber leer y escribir y tener algunas nociones de la enfermedad. Debe impartirse un sentido correcto de la salud, la acepción de la responsabilidad individual hacia la sociedad y deben vencerse las costumbres y prejuicios que,

sancionados por la tradición, comprometen de modo grave la vida higiénica. Es una tarea difícil que requiere comprensión psicológica y tacto, pero la educación —general e higiénica— es la base de todo trabajo sanitario”.

Otro punto de valor indiscutible planteado en el seno del Congreso ha sido sin duda alguna el “Saneamiento rural”, ponencia de la Delegación cubana, que ha considerado en toda su extensión la necesidad de una mayor preferencia en la Salubridad Rural por medio de legislaciones adecuadas, para que se atienda con urgencia la vivienda del campesino, que tenga buena casa con trípode sanitario: agua potable, piso impermeable y disposición final de las excretas; además de la lucha contra los insectos, así como mantener una permanente educación donde no falten los preceptos de la higiene.

En esa ponencia se ha hecho un resumen de la labor cubana en Salubridad Rural iniciada precisamente por el General Batista en 1933 y continuada actualmente en todos sus aspectos, es decir, no concretándose solamente al problema sanitario que es el fundamental en su plan, sino atendiendo la educación y el problema económico, para desterrar de nuestro agro el analfabetismo y los “jornales de hambre”.

Pero no estamos hoy aquí en esta tribuna, para hacer un resumen de la labor fecunda del Primer Congreso Interamericano de Higiene. Esta noche la sesión de clausura de las actividades de esta reunión de sanitarios, es para rendir homenaje continental a la memoria de un grande de la Ciencia, de un grande de la Humanidad, del sabio Carlos J. Finlay, cuyo nombre está inscripto en el corazón de los ciudadanos del mundo junto a los de Pasteur, Jenner, Koch y otros grandes que hicieron sus aportes a lo que hoy disfrutamos: el progreso de las ciencias en servicio grandioso de la salud de los hombres de todas las razas y de todos los pueblos.

Ante la grandeza de la obra finlaísta debemos post-trarnos con reverencia religiosa, llenos de unción y de fe. Ante Finlay debemos rememorar el gran esfuerzo realizado para su concepción científica que nos ofreció

el conocimiento del medio transmisor de un mal terrible para poder dominarlo plenamente. La gratitud de los hombres se ensancha al honrar la memoria de este hombre humilde y modesto, pero poseedor de un claro talento y una percepción de la importancia humana frente a la epidemia de fiebre amarilla que rendía un gran saldo a la muerte con sus miles y miles de víctimas, y quien con paciencia extraordinaria recorrió todos los caminos, utilizó todos los sistemas, trató de desentrañar hasta las ideas más absurdas, logrando al fin, tras constantes investigaciones, centenales de experimentos y miles de observaciones, determinar científicamente que era el mosquito el agente de transmisión de la fiebre amarilla.

Finlay fué uno de los grandes científicos que logró el control absoluto de una enfermedad inexorable que diezmaba poblaciones, que sembraba el terror y el espanto, y que lo mismo atacaba al rico que al pobre. El modesto médico cubano logró descubrir el medio de transmisión, determinar, clasificándolo, el tipo de insecto que era el vehículo siniestro que llevaba la infección en sus trombas del enfermo al sujeto sano. He ahí la importancia extraordinaria del descubrimiento finlaísta, ya que en pleno Siglo XX, la ciencia no ha determinado aún el virus o microbio que produce la fiebre amarilla. Al propio tiempo que Finlay, Pasteur se esforzaba por descubrir el flagelo amarillo, como lo demuestra la carta que escribió a su esposa en el año 1876, diciéndole: “¡Dios quiera que encuentre algún micro-organismo específico en esas desdichadas víctimas de la ignorancia médica! Después sería verdaderamente hermoso poder transformar el agente de la enfermedad en su propia vacuna. La fiebre amarilla, el cólera y la peste son las enfermedades más graves conocidas. Has de saber, por lo demás, que ya es mucho poder plantear el problema en estos términos”.

Pero nada logró Pasteur en sus investigaciones sobre fiebre amarilla. Solamente un médico cubano el doctor Finlay por ese tiempo luchaba y luchaba por desentrañar el misterio de esta enfermedad hasta que lo logró al fin en 1881.

En la ciudad de Puerto Príncipe, hoy denominada Camagüey, el día 3 de diciembre de 1833 nació un niño que fué bautizado con el nombre de Carlos Finlay. Fué un buen estudiante. Se interesó por las ciencias, aunque las letras también le atraían, pero en definitiva predominó la aspiración paternal de que su hijo siguiera la trayectoria profesional de su vida: ser médico. Y Carlos }, Finlay fué médico, para gloria suya, de su patria y para beneficio inmenso de la Humanidad, para el progreso de la ciencia y desarrollo económico de las Américas insalubres.

La vida de Finlay no fué fácil. Tropezó con grandes obstáculos. Desde su llegada a La Habana, procedente del Jefferson Medical Collage, comenzó su vía crucis, pero en los comienzos de su carrera tuvo el aliento de su padre —el doctor Eduardo Finlay— todo un carácter, quien supo orientar, templar y regir el pensamiento de su joven hijo en aquellos primeros pasos — difíciles pasos en la vida de un joven que al comenzar su carrera encuentra obstáculos mil— para evitar que el desaliento y el pesimismo se apoderaran de su espíritu.

Finlay comienza a ejercer su profesión, dedicándose a la misma especialidad de su padre: la oftalmología, pero practicando medicina general. Fué, a su vez, un esposo modelo y un padre ejemplar. Era muy bondadoso y humano por encima de todas las pasiones y creencias. “La caridad — confiesa su propio hijo, Carlos E. Finlay— constituía su virtud cardinal, y no sólo la prodigaba en el ancho campo que le ofrecía su profesión, sino que la aplicaba a los juicios que de ordinario le merecían las debilidades y flaquezas del prójimo”.

Trabajó intensamente en la Academia de Ciencias, presentando interesantes trabajos, como resultados de sus experiencias en el ejercicio de su profesión, pero al aspirar a ingresar en la docta corporación, se inició un nuevo contratiempo para el joven médico.

El máximo biógrafo de Finlay, el brillante periodista César Rodríguez Expósito, Historiador del Ministe-

rio de Salubridad, en el estudio que ha hecho del sabio cubano, pinta con mano maestra estos aspectos, al decir: “La trayectoria de la vida de Finlay, tenía un sino: la lucha, vencer obstáculos, tenía que realizar grandes esfuerzos contra el medio, contra los hombres,, contra la incomprensión, para triunfar a la larga, pero a costa de grandes esfuerzos, de cruentas angustias y de hondas vicisitudes. Fué suspendido en el examen de reválida de su título en la Escuela de Medicina de la Universidad de La Habana y tuvo que esperar el tiempo reglamentario para volver a presentarse y poder ejercer la profesión en su patria. Aspira a Socio Supernumerario de la Academia de Ciencias, y ve frustrado su primer intento. Reitera su solicitud para Socio Corresponsal y las conclusiones de la Comisión fueron desfavorables, y aunque en el transcurso del debate tuvo sus partidarios, pasó de nuevo a un ponente, que jamás rindió el informe”.

Ingresó al fin en la Academia, como Miembro de Número y su ingreso también es motivo de protesta y de debate, triunfando en definitiva como triunfó después con su gran descubrimiento a pesar de la incomprensión de la época. Bien dice César Rodríguez: “La verdad se abrió paso y Finlay libró y ganó su primera batalla en la Academia. Con ella inicia una larga contienda contra el medio, de la que también emergerá triunfante. En Finlay se ha de confirmar la tesis de Napoleón: “Si no hay enemigos no hay lucha; si no hay lucha no hay gloria”.

La fiebre amarilla fué uno de los azotes implacables de la población cubana. Se hacían estudios, se realizaban trabajos pero la ciencia médica de la época resultaba impotente para contener los avances de esa epidemia que fué un cruel azote para los no inmunes. Finlay — como apuntara el doctor Guillermo Lage— casi desde el mismo momento de su investidura médica (1856) y de ejercer en su patria (1857) como “habilitado para ello”, se desvivió por conocer los arcanos misteriosos que regían inexorablemente la ley morbosa del tifus amarillo (1858). Hombre de su tiempo, no podía Finlay sustraerse a los conceptos de medicina que privaban en el pequeño mundo médico de La Habana, reflejo fiel de los

importados de Francia ya que la influencia de la escuela francesa en la medicina cubana era única y decisiva. No podía Finlay desprenderse, en su labor investigadora, de lo que en su tiempo se pensaba como básico y esencial”.

Finlay caminó por todos los caminos, estudió los factores de las posibles causas de este siniestro mal que mantenía la población en permanente zozobra ante la amenaza de este azote virulento que constituía una real y positiva plaga.

Siguió Finlay en el estudio de la fiebre amarilla la teoría de que la medicina es ciencia de observación, según el aforismo de Claude Bernard. Por eso llegó a conclusiones definitivas, cuando todos los investigadores nadaban en el mar del confusionismo y saltaban de una hipótesis a otra sin acercarse jamás a la verdadera teoría, y sin darle crédito siquiera cuando Finlay la presenta a la Academia de Ciencias con palmaria comprobación científica.

Labora con la primera Comisión Americana que presidía el doctor Chaille, y que integraba un ilustre médico cubano radicado en Filadelfia, el doctor Juan Guiteras, quien después fué un colaborador suyo tanto para producir la inmunización antiamarílica, como en su obra sanitaria.

Sus trabajos en esta Comisión le enseñan nuevos derroteros en sus investigaciones y experimentos, y comienza de nuevo por caminos más firmes. No se precipita, experimenta.

Confiesa a su fiel y gran amigo el doctor Claudio Delgado, ilustre médico español, los resultados obtenidos en sus investigaciones. Discuten ampliamente los puntos básicos de este trabajo y, sin duda alguna, fué Delgado el único colaborador que tuvo Finlay en su obra. Tanto es así, que es el noble médico español quien obtiene del Gobernador de la Isla de Cuba el nombramiento de Finlay para que asista como delegado de Cuba y Puerto Rico, junto con el doctor Cervera, a la Conferencia Sa-

nitaria Internacional, con sede en la capital de los Estados Unidos de América, y que se efectuó en el mes de febrero de 1881.

Aunque en sus trabajos en aquella conferencia Finlay no señaló específicamente al mosquito como agente de transmisión, planteó y terminantemente los fundamentos de su descubrimiento científico: la existencia de un enfermo de fiebre amarilla, la presencia de una persona no inmune y un agente completamente independiente del enfermo y del inmune que actuaría como medio de transmisión.

En Febrero de 1881 fué la fecha en que Carlos J. Finlay expuso al mundo las primicias de su descubrimiento, utilizando la reunión de la Conferencia Internacional Americana que se celebraba en Washington. El principal asunto de la agenda era precisamente la fiebre amarilla, que todos los científicos investigaban, para conocer su origen y tratamiento. Finlay tenía ya la inspiración luminosa de su teoría: pero fué tímido en su exposición y aunque afirmó categóricamente la existencia de un agente intermediario, no señaló el mosquito, a pesar de las investigaciones comprobatorias que ya había realizado.

“No nombré el mosquito en aquella ocasión —dice el doctor Finlay en su discurso— reservándome hacerlo después que yo hubiese realizado un experimento total que tenía proyectado; aplicaría uno de esos insectos sin previa contaminación, a un enfermo de fiebre amarilla, y, pocos días después, aplicaría el mismo insecto a un sujeto en condiciones de receptividad. Realicé mi proyecto cuando regresé a La Habana, con una especie de mosquito que considero distinto de los que se encontraban descriptos en los autores, pero el modo especial con que verifican la aovación, valiéndome del eficaz auxilio de mi amigo y constante colaborador doctor Claudio Delgado, sin cuyo apoyo quizás no hubiera persistido tantos años en la defensa de una teoría que únicamente suscitaba dudas o sarcasmos entre mis colegas .

Esta definición lanzada a voleo en aquella conferencia no prendió, no tuvo eco ni resonancia, pero el 14 de

agosto del propio año, ya con nuevos experimentos, presentó su magistral trabajo en la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana titulado “El mosquito hipotéticamente considerado como agente de transmisión de la fiebre amarilla”, que tampoco tuvo resonancia, que fué recibido con incredulidad, pero que fué la base fundamental, veinte años después, para la erradicación de la fiebre amarilla y para sentar la teoría de los insectos transmisores de enfermedades.

Este descubrimiento científico pugnó inútilmente veinte años porque fuese atendido por los hombres de ciencias. Sólo cuando quedaron agotados todos los recursos y todas las hipótesis de otros médicos impotentes para impedir las muertes que diezmaban las filas del ejército de los Estados Unidos en la guerra contra España en Cuba, es que el General Leonardo Wood, médico y con condiciones excepcionales de estadista, ordenó a la Comisión Americana que presidía el doctor Walter Reed, que nunca creyó en el descubrimiento finlaísta, que comprobara los experimentos del sabio cubano. Y he ahí el gran triunfo de Finlay. Su descubrimiento fué ampliamente comprobado como lo afirmó categóricamente el propio General Wood, en su informe oficial al Gobierno de los Estados Unidos de América, cuando dijo: “En el verano de 1900, la Comisión del Ejército Americano y los médicos de dicho ejército, presidido por el doctor Walter Reed, fué enviada a Cuba para la investigación y estudio de la fiebre amarilla. En gracia a la cooperación prestada por el Gobernador Militar a esta Comisión, le fué posible realizar sus experimentos en sujetos humanos. Tomaron los Comisionados en consideración la teoría promulgada por el doctor Carlos J. Finlay en el año 1881, que declaraba que el mosquito era el único agente trasmisor de la fiebre amarilla”.

“El doctor Finlay —agrega el informe del General Wood— había sustentado esta teoría durante veinte años y había realizado además una considerable labor experimental en relación con ella. La comisión por medio de experimentos cuidadosos, probó que esta teoría era cierta”.

Y en este homenaje continental a Finlay no debemos de olvidar a ese grande y noble médico español que se llamó Claudio Delgado, fiel colaborador en la obra finlaísta y leal amigo y compañero del sabio, que supo ser un consejero fiel, aliento cordial y un estímulo en todos los momentos de pAaeba ante la incomprensión, la ceguera y aún las burlas ae los compañeros.

Claudio Delgado, en una carta que escribió a Finlay al confirmarse su doctrina por la Comisión Americana, con toda la autoridad del testigo presencial de las angustias, de las luchas, de las desalientos, de la indiferencia, de las injurias que sufrió Finlay durante todo el proceso investigador le dice: “Ha sido usted, verdaderamente el Cristo de la doctrina redentora de la Fiebre Amarilla y no le faltarán doctores y fariseos detractores ni, las persecuciones de la envidia, ni la befa ni el escarnio de vanos y pretenciosos charlatanes, ni los azotes y espinas de acerbos críticas, ni la hiel y vinagre de enfadosas controversias llevadas fuera del terreno científico; en fin, todo un calvario que supo usted soportar con resignación filosófica, más aún, con evangélica mansedumbre, alcanzando yo el honor de ser, junto a usted a veces el Cirineo de esta Pasión y siempre el discípulo consecuente, tan adicto a la doctrina como a la persona del Maestro”.

Grande y noble es la actitud de Claudio Delgado, colaborador de Finlay. Puso sus manos en la obra grandiosa del descubrimiento. Contribuyó a ella con su esfuerzo. Y con fidelidad extraordinaria al sabio y su obra, disfrutó plenamente en la hora del triunfo, honrándose con frases como las que hemos acabado de escuchar, tomadas de una carta privada al doctor Finlay.

En fiebre amarilla, Finlay lo fué todo. Estudió esta enfermedad en todos sus aspectos, tanto es así que el doctor Antonio Díaz Albertini, afirmó:

“La labor rendida por Finlay en fiebre amarilla es su obra cumbre. Fué Finlay en fiebre amarilla historiador, patólogo, clínico, entomólogo, terapeuta, bacterió-

logo; llenó el capítulo de la enfermedad, y yo que personalmente le conocí (quedamos ya muy pocos) creo, como otros muchos, que en la clínica de la enfermedad, era el primero de su tiempo y el que mejor la estudió y conoció”.

Pero para qué seguir. Todos conocéis el proceso de la fiebre amarilla en Cuba y en el mundo. Cómo se erradicó del trópico, cómo gracias a la obra finlaísta fué posible el saneamiento realizado por Gorgas en Panamá y la realización de las obras del Canal para unir dos mares. Ya lo dijo el Mayor General Fulgencio Batista, Honorable Señor Presidente de la República, en su libro “Sombras de América”, al trazar un brillante capítulo que titula “El canal, la fiebre amarilla y el doctor Finlay”. donde dice: “El Gobierno de los Estados Unidos encontró un más serio obstáculo del que esperaba. Los hombres, que debían emplearse en la obra hacían falta. Escaseaban los brazos, que huían aterrados por el peligro de la muerte colectiva. La fiebre amarilla, cuyo elemento conductor era desconocido, y por tanto los medios de combatidla, producía bajas en asombroso número. Los trabajadores emigraban regresando a sus hogares tan pronto conocían la siniestra realidad”.

Y este cuadro de pavor, que impedía las obras del Canal de Panamá, que apunta con mano maestra el autor de “Sombras de América”, fué resuelto gracias al descubrimiento de Finlay, y fué el doctor Gorgas, aplicando los mismos procedimientos recomendados por el propio Finlay para erradicar el mosquito en Cuba y terminar con el azote amarillo, quien logra el saneamiento del Istmo.

Finlay fué un visionario, pero también fué un estoico. Tuvo el coraje de resistir la frialdad ambiental de sus contemporáneos que no querían comprenderlo. Asimiló las burlas y las chirigotas con que satirizaban las investigaciones científicas del “hombre del mosquito”. Tenía la verdad en la mano, estaba convencido de los experimentos realizados y, sin embargo, nunca le cegó la cólera, ni la violencia fué su consejera. Sufrió los dar

dos de la injuria y la mortificación de la ironía. Estaba seguro de su obra y tenía fe en el éxito espléndido de la misma. Confiaba que en algún instante su descubrimiento sería creído y aplicado para bien inmenso de la Humanidad. Como afirmó el «doctor Octavio Montoro: “Tenía la clarividencia del geiWo de ver lo que a sus contemporáneos les estaba impedido, y debe haber sido uno de sus mayores sufrimientos. Palpar una realidad y sólo encontrar la soledad alrededor de su pensamiento es una de las torturas del espíritu”.

Ello lo engrandece, lo presenta como todo un grande hombre, de un sabio que en definitiva es lo que era Fin- lay, de un predestinado de los dioses con la misión de redimir a hombres, mujeres y niños de uno de sus más crueles azotes.

El doctor Carlos Alberto Castro, en una conferencia recientemente pronunciada en Buenos Aires, dijo: “Este hecho es emocionante y da la pauta de su arquitectura moral. Este lapso que vive un hombre con una idea que ha sido pública y científicamente despreciada le da categoría de sobrehumano, único en la historia de las luchas científicas y lo coloca por encima del común de los hombres de ciencia, especialmente comparado con los hombres de su generación”.

En este mismo Congreso, que tanto reconocimiento y homenaje encierra para la memoria de Finlay, se ha celebrado un symposium, donde el doctor Alberto Recio desarrolló un brillante trabajo sobre La doctrina de Finlay y sus investigaciones a la luz de los conocimientos modernos sobre fiebre amarilla”, y hemos escuchado cómo el Director de Salubridad de Cuba afirmaba categóricamente:

“Desde el año 1908 no se ha observado en Cuba caso alguno de fiebre amarilla”, y como exponía en apretada síntesis toda la historia del descubrimiento finlaís- ta y donde hacía la siguiente declaración: “Cincuenta años después, salvo la aplicación de los nuevos y poderosos insecticidas, nada nuevo se ha inventado para la

profilaxis de la fiebre amarilla, porque hasta la propia inmunización anti-amarilla moderna, la tuvo en cuenta Finlay, ya que no era esta la finalidad de sus experimentos, como lo expresó y repite en todos sus escritos desde 1882”.

Fué el doctor Carlos J. Finlay el único descubridor del mosquito como agente de transmisión de la fiebre amarilla, como ha quedado plenamente demostrado por los trabajos del symposium, donde los ilustres representativos de los países hermanos de una manera unánime han reconocido la gloria de Finlay. Esas declaraciones es lo que significa el homenaje continental del Primer Congreso Interamericano de Higiene, cuyos trabajos clausuramos en esta noche. Y este nuevo homenaje de toda la América a Carlos J. Finlay, es una ratificación a lo que desde hace largos años vienen haciéndose en todas las reuniones científicas. Fué la VI Conferencia Pan-Americana, con sede en La Habana, la que en forma unánime acordó la siguiente declaración: “Que, como un homenaje de admiración, se reconozca el descubrimiento realizado por el doctor Carlos J. Finlay, de La Habana, sobre el medio de transmisión de la fiebre amarilla y se proclame el mérito que a él corresponda por ese genial descubrimiento; por haber sentado las bases para la profilaxis de la fiebre amarilla y haber sido el primero en anunciar, apoyado en pruebas experimentales, la doctrina científica de la transmisión de enfermedades de hombre a hombre, a través de un agente intermediario”.

Una similar resolución adoptó el Congreso Internacional de Historia, celebrado en Madrid, a propuesta de la delegación cubana integrada por los doctores Sergio García Marruz y Rafael Menocal. También la Asociación Médica Pan-Americana, en su reunión de Dallas, a propuesta del doctor Horacio Abascal, de Cuba, acordó que el día 3 de diciembre de cada año, fecha del natalicio de Carlos J. Finlay, se celebrara el “Día de la Medicina Americana” como un homenaje a todos los grandes científicos de la medicina en las Américas”.

Y por si no bastara la declaración de otros Congresos de Medicina, y reuniones médicas, en el propio Congreso de los Estados Unidos de América, el Sr. Sol Bloom, Presidente del Comité de Relaciones Exteriores de la Cámara de Representantes, formuló la declaración que consta en el diario de sesiones de ese cuerpo colegislador, en la cual se formula la siguiente afirmación: “El hombre cuyo descubrimiento hizo desaparecer la fiebre amarilla del Nuevo Mundo, cuyo genio permitió a los Estados Unidos construir el Canal de Panamá después que los franceses habían fracasado en su empeño debido a la fiebre amarilla, vivió para ver confirmada su teoría, pero no lo suficiente para recoger todo el fruto a que era acreedor. Aun hoy, después de cuarenta años, a penas si se sabe en los Estados Unidos que Carlos J. Finlay fué el verdadero conquistador de la fiebre amarilla. La gloria ha sido para otros; no porque ellos la quieran así, sino principalmente porque la comprobación espectacular que hicieron de la validez de la teoría de Finlay, seguida de cerca por la erradicación de la fiebre amarilla en La Habana y Panamá, atrajo más la atención de los estadounidenses que el descubrimiento que hizo Finlay al arrancar el secreto a la naturaleza. Otro factor que evitó que la fama de Finlay se difundiera por este país fué el hecho de que sus escritos se publicaron principalmente en español por lo que resultaba prácticamente inaccesibles para la generalidad de los norteamericanos”.

En su propio discurso el señor Sol Bloom, afirmó categóricamente, que el propio doctor Reed escribió: “Todos conocíamos bien al doctor Finlay, pero en verdad nos inclinábamos a considerar sus ideas muy a la ligera, especialmente yo...”

Y nosotros, que escuchamos este brillante discurso del doctor Sol Bloom en la Cámara de Representantes de los Estados Unidos, con motivo de una visita que hicimos como funcionarios del Instituto Finlay de Cuba, en gestión de la fundación del Instituto Finlay de las Américas, podencos asegurar plenos de emoción, de sinceridad, y de reconocimiento, que el ilustre legislador

norteamericano, honró, haciendo justicia a plenitud, al gran sabio Carlos J. Finlay y haciendo que sus palabras consten en el diario de sesiones de ese Cuerpo Colegislador, para que las actuales y futuras generaciones de americanos, de investigadores históricos, de profesores de universidades, de historiadores y cuantos hombres de ciencia quieran escribir sobre fiebre amarilla, encuentren en esos documentos oficiales, afirmación tan rotunda como ésta, con que puso -término a su discurso el señor Sol Bloom:

"Al señalar el camino hacia el triunfo sobre la fiebre amarilla, Finlay señaló asimismo el camino de la inmortalidad. No sería extraño que en el futuro se le considere el mayor benefactor médico de este Hemisferio".

En toda la América se ha reconocido la gloria de Finlay. En toda la América se ha rendido homenaje al sabio cubano. De un extremo al otro del Continente americano se ha honrado la figura del noble anciano que dedicó toda su vida a preservar a la Humanidad del terrible azote de la fiebre amarilla. Que existan sectores aislados, individuos que pretendan desconocer la obra finlayista, es cosa inevitable, pero esa labor y esos prejuicios contra la verdad histórica no podrán prevalecer. Contra ellos se alza esa verdad avalada por Congresos Inter-americanos, como este que acabamos de celebrar, donde se reúnen los máximos representantes de la Salubridad continental para proclamar una vez más que fué Carlos J. Finlay el descubridor del mosquito como agente de transmisión de la fiebre amarilla.

Este acto que estamos celebrando es mentís rotundo a toda campaña interesada tratando de desconocer la personalidad científica de Finlay, ignorar su obra descubridora del medio de transmisión de la fiebre amarilla, que en definitiva logró la erradicación del mal en todo el Mundo, al determinar inclusive el tipo de mosquito vehículo mortífero de la enfermedad y los medios eficaces de su destrucción.

Por eso, estimo justa, acertada y definitiva las palabras del ilustre médico Dr. Ricardo Cappeletti, cuan

do afirmó que el Primer Congreso Panamericano de Higiene ponía punto final a la disputa que se ha planteado con el fin de desconocer esa auténtica gloria latinoamericana.

Quiero manifestar en nombre del Gobierno y pueblo de Cuba nuestra profunda gratitud al Primer Congreso Interamericano de Higiene, por rendir homenaje continental a la memoria de nuestro gran Carlos J. Finlay, como un amplio reconocimiento a su portentosa obra científica. Aquí están reunidos los delegados oficiales de los Gobiernos de las 21 Repúblicas Americanas. Aquí está la máxima representación de la higiene pública de todos y cada uno de los países del Hemisferio Occidental. Esta voz que se levanta en forma unánime para rendir un homenaje al más grande de los científicos cubanos, es la voz de las Américas que lanza al mundo de nuevo su declaración de que fué Finlay quien descubrió el mosquito como agente de transmisión de la fiebre amarilla, para que tomen nota los que lo ignoran, para que lo sepan los que no se hayan enterado, para que el mundo de la higiene pública no se deje engañar por los publicistas apóstatas, por los que niegan, por lo que ignoran a Finlay y a su obra...

Si el triunfo de Finlay es grande, grande es también el triunfo para su colaborador todo fidelidad, el doctor Claudio Delgado, para el General Wood, para la Comisión Americana, que presidía el doctor Walter Reed, por haber comprobado lo que hacía 20 años había sido planteado, habiendo logrado entre todos, por la aplicación de la teoría finlaísta, el imponderable servicio de erradicar el terrible flagelo amarillo.

Pero la obra finlaísta es un triunfo también de toda la América, que fué la beneficiada, y un triunfo también de sus hijos preclaros que aceptando la doctrina finlaísta y erradicando la fiebre amarilla de sus respectivos países, sacrificando sus propias vidas inclusive, al contaminarse con el mal como fueron víctimas en Cuba el Dr. Jess Lazear y la enfermera Clara L. Mass.

Gratitud eterna guarda Cuba para toda la América por este homenaje continental a Carlos J. Finlay. No nos sorprende. Ello es cosa frecuente. La América comprendió a Finlay, como comprendió a Martí.

“Martí y Finlay como afirmara César Rodríguez Expósito— son máximos representativos del pensamiento cubano, uno en el orden político, otro en el científico. Ambas doctrinas —“martiana” y “finlaísta” — serán impuestas por su trascendencia en la transformación de los pueblos: una fué forjadora de la libertad en su más alta significación humana, otra fué la liberación absoluta de la humanidad de uno de sus azotes más terribles, que diezmaba poblaciones y sembraba el terror y la muerte a su paso”.

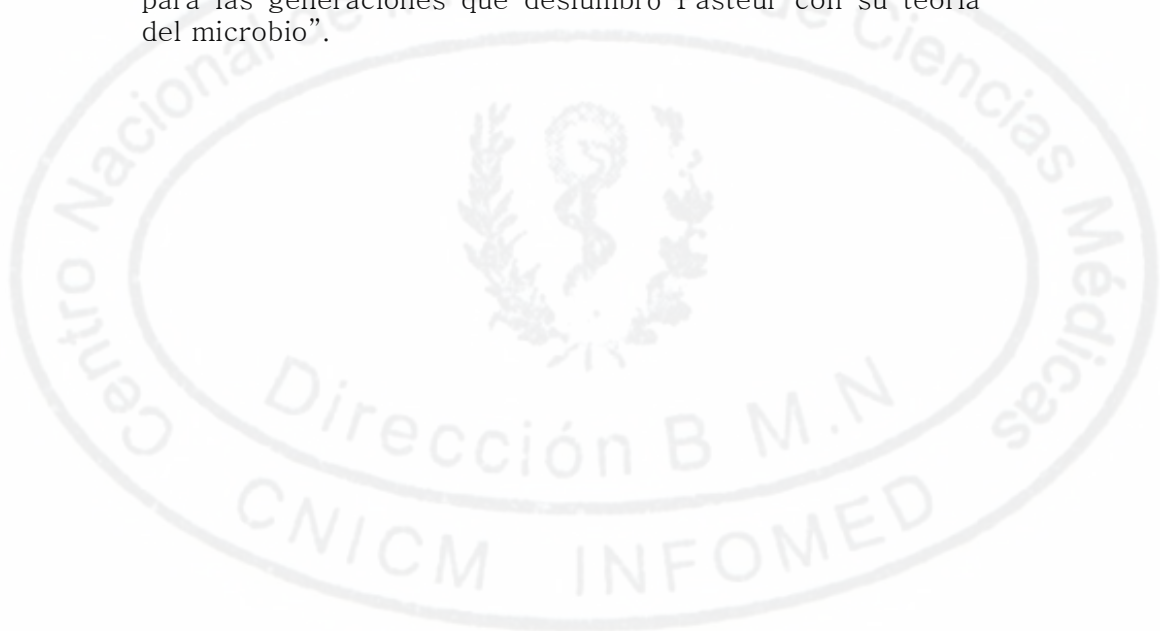
Y América ha percibido en toda su trascendencia la obra de Finlay, cuando de manera espontánea todos los pueblos han formulado declaraciones oficiales de sus gobiernos y de sus instituciones científicas glorificando a Finlay; han colocado bustos del sabio cubano en sus plazas principales, han nominado calles y avenidas con su nombre; han bautizado instituciones científicas con las seis letras de su apellido; el Congreso de los Estados Unidos de América, por boca del Presidente del Comité de Relaciones Exteriores Mr. Sol Bloom, dejó constancia en el Diario de Sesiones de ese Cuerpo Colegislador del reconocimiento a la gloria y obra finlaísta; y aún muy reciente el Gobierno de la Argentina honra a Finlay, con un busto en la Policlínica Nacional bautizando una de sus grandes avenidas, haciendo una emisión de sellos, y más aún, votando una Ley del Congreso para erigir una estatua de Finlay en pleno corazón de Buenos Aires.

También la Oficina Sanitaria Panamericana, organismo que sabe las luchas por la salubridad del Continente, que ha cumplido cincuenta años de labor ciclópea para mantener un continente coordinado en materia de salubridad, también rinde homenaje a Finlay, no sólo con la obra que ejecuta, sino dedicando este Primer

Congreso Interamericano de Higiene como un reconocimiento de todo el Hemisferio a Finlay, como uno de los más representativos de los higienistas americanos.

Por todo ellos, el Gobierno y pueblo cubano os expresa su más profesa gratitud. Nos sentimos obligados por el reconocimiento de la justicia histórica honrando a un hombre de ciencia, que es de Cuba, pero que también es de “nuestra América”.

“Finlay fué —dijo el General Batista— uno de los sabios a quienes la humanidad nunca hará bastante para pagarle sus inmensos servicios. Finlay abrió una nueva ruta de alivio a los dolores humanos y ofreció a la ciencia, nuevas luces con la afirmación de que “la transmisión de enfermedades por insectos” es una verdad científica, como fué, con sorpresa, para las generaciones que deslumbró Pasteur con su teoría del microbio”.



INDICE ONOMASTICO

- A—
 Abascal. Horacio 28,
 Albi. Hernán 6,
 —b-y
 Batista y Zaldivar. Fulgencio 13,
 16. 18, 26, 33.
 Bernard. Claude 22,
 Bloom. Sol 29, 30. 32
 —C~
 • %
 Calvo. Alberto E. 5,
 Capeletti. Ricardo 30,
 Castillo. Germán 5,
 Castro. Carlos Alberto 27.
 Cervera, 22 Courtney. K.O. 6.
 —CH—
 Chaille. 22,
 —D—
 Delgado. Claudio 22, 23, 25. 31,
 Díaz Albertini. Antonio 25. Díaz.
 R. Isaac 5,
 —F—
 Finlay. Carlos E. 20.
 Finlay. Eduardo 20,
 —G~
 Galindo. Pedro 5,
 García Marruz. Sergio 28,
 González. Carlos Luis 5,
 Gorgas. William 26,
 Guiteras. Juan 5, 14, 16, 22,
 Gutiérrez. José 6,
 —I—
 Jenner. 18,
 —K—
 Koch. Robert 18,
 —L—
 Lage. Guillermo 21,
 Lazear, Jess 31,
 López del Valle. José A. 14,
 —M~
 Marti. José 13, 32,
 Maas. Clara L. 31,
 Menocal. Rafael 28,
 Moll. Aristides A. 14,
 Montoro. Octavio 27,
 —N~
 Napoleón. 21,
 Nehme. Amador 6,
 Núñez. Enrique 14,
 —P—
 Pasteur. 12, 18,
 Paz Soldán. Carlos Enrique 13,
 Penna. H. A. 6,
 Pinto. Octavio Severo 5,
 — R—
 Recio. Alberto 5, 27,
 Reed. Walter 24. 29, 31, Roanet.
 Paulo Luis 5, Rodriquez
 Expósito. César 8. 20, 21, 32,
 ~S~
 Saladrioas y Zayas. Enrique 7,
 8,
 Sigerist. Henry 17,
 Souza Manso. Caio de 6.
 —T—
 Tamayo. Diego 17,
 Torres Bodet. Jaime 15,
 ~W~
 Wood. Leonardo 24, 31,